





A LAS SIETE  
EN MOSCÚ



Violeta Ayala

A LAS SIETE  
EN MOSCÚ



Primera edición: junio de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Violeta Ayala

ISBN: 978-84-18828-02-7

ISBN digital: 978-84-18828-03-4

Depósito legal: M-19016-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Esta historia está dedicada a las casualidades.  
A los que buscan señales escondidas en los mapas.  
Románticos sin rumbo en tiempos oscuros.  
Mujeres valientes. Hombres sinceros.  
Amantes pasajeros y cruces apasionados.  
Espíritus viajeros buscadores de la verdad.*

*A todas las almas libres.*

*A mi padre.*



# ÍNDICE

PRÓLOGO

UNA ISLA, DOS NÚMEROS PRIMOS Y EL CAOS

MARCO

ARTE

БРАК/BRAK/ (MATRIMONIO EN RUSO)

*NEWS*

DOS DISPAROS Y UNA MUJER

AHORA

PLAZA ROJA

*MEMORIES*

LUZ

FAMILIA

UNA CHIMENEA, LLUVIA Y EL LAGO

CONFESIONES

MOSCÚ

*AT HOME*

EPÍLOGO



## PRÓLOGO

La historia que se narra a continuación tiene lugar en España durante el periodo de crisis económica entre 2008 y 2014. Como bien queda recogido en prensa nacional e internacional, este país sufre una crisis que afecta a todos los indicadores de contabilidad nacional según los datos del Instituto Nacional de Estadística, dependiente de la Administración General del Estado. Esta crisis se engloba dentro de una crisis mundial por la que se ve afectada no solo España, sino además otros países europeos y del resto del mundo.

Esta historia no habla de los hechos acontecidos en España en relación a cuestiones políticas relacionadas directamente con un partido concreto, no habla de las miserias que este país ha retransmitido por televisión y radio, del morbo y el miedo que la política utiliza para manejar los votos de sus ciudadanos. De las mentiras, una tras otra, de aquellos elegidos por el pueblo. No habla de los desahucios o cualquier otra persona afectada directamente por esta crisis. No habla de rescate a bancos, no habla de financiación ilegal de partidos, no habla

de sobornos, ni siquiera habla de desempleo, de cómo los jóvenes tienen que emigrar para poder sentir que su vida merece la pena.

Porque si hablara de todo lo anterior esta historia sería verdaderamente triste y no tendría ningún sentido escribirla. Al menos para mí.

Esta historia es una historia de amor que nos salva de la otra crisis más humana. Esa de la que no se habla, la que no cuenta y nos arrastra a vivir una vida más deshumanizada. Narra la vida de dos personas desde una perspectiva romántica que sobreviven a las realidades que este país ofrece.

Únicamente pretende devolver palabras que también han sido robadas. ILUSIÓN y ESPERANZA, que tanta falta hacen para una generación que no está perdida. Y ¿por qué no? Devolver la palabra AMOR con mayúsculas, para seguir amando como se ha hecho siempre, sin necesidad de pedirle permiso a nada ni a nadie.

# UNA ISLA, DOS NÚMEROS

## PRIMOS Y EL CAOS

Basta de banalidades: basta de viajes,  
versos, hoteles, tranvías...  
El amor significa la vida.

MARINA TSVETÁYEVA

Como cada viernes, Marco sale de trabajar y se despide como siempre de sus compañeros de trabajo, incluida Marsell, encargada de planta y supervisora. Llegando al ascensor recuerda que debe pasarse por la tintorería a recoger el traje de chaqueta para la boda de Ali, su mejor amiga, y mira el móvil por si ha recibido algún mensaje suyo. No hay nada, ni llamada, ni mensaje, nada. Quizás esa pequeña crisis solo haya sido eso, «una pequeña crisis» sin más. Y es que aquella mañana Ali le llamó triste, muy triste, dudando si casarse o no, pidiéndole consejo.

—Tú me conoces, Eme, sabes cómo soy, quizás él no sea el hombre que había soñado siempre, pero yo merezco que me pase esto ¿a que sí? Es mi momento ¿verdad, Eme? Dime algo, ¡por favor!

Marco no sabía qué contestar y quedó en silencio.

—Bueno, te dejo, tengo mil cosas que hacer.

Así era Ali, igual llamaba exasperada que colgaba con otra emergencia. Y a Marco, o Eme, como Ali le llamaba, le sacudía un huracán cada vez que ella aparecía o llamaba, provocando uno de sus maremotos emocionales.

De camino a la tintorería le vienen imágenes de Ali. ¿Cuánto hacía de eso ya? ¿Quince, veinte años? Y solo veía imágenes de ella en la playa, tomando el sol. Ali gritando en medio del mar: «¡Eme, te quieroooo!». Y ver volar el bikini a diez metros, arena y sal. Ali desmontaba la vida de cualquiera, la de Eme por ejemplo, pero era capaz a su vez de sacarle la sonrisa más tierna a más de mil kilómetros de distancia.

Ali y Marco se conocieron en la universidad hacía casi dos décadas. Ella era poco discreta y con dos miradas se hacía imprescindible. Cuando Marco la vio por primera vez se fijó en ella. Llevaba el pelo suelto, quizás algo enredado, pero a Marco le encantó porque olía a coco. O eso le dijo con el tiempo. Los olores activan los mejores recuerdos. Y Marco lo sabía. Era esa la señal que buscaba. Y aquel día, esa misma tarde, decidió grabar ese recuerdo en su memoria.

Era curioso, porque tenía mil razones para adorarla, encapricharse, desearla. Tenía todo lo que él hubiera querido de cualquier chica. Pero Ali era especial sobre todo porque olía a coco. Ya está. Llevaba unas gafas de sol oscuras y los labios rojos. Siempre llevaba labios rojos. En cuanto la vio el corazón se aceleró. Dicen que hay

que escuchar nuestro cuerpo porque siempre intenta decirnos algo. En este caso, quizás el corazón le pedía a golpes de latidos que se alejara; cuanto más lejos, mejor. Pero las señales a veces no se saben interpretar y menos aún cuando eres joven y ella espectacularmente atractiva. Debíó ignorar los latidos, la sonrisa, las miradas, debíó ignorarlo todo. Pero no pudo. Nunca había conocido a alguien así. No supo y no quiso, y es que en ese momento nadie hubiera imaginado lo que el futuro les tenía preparado. Y allí se encontraron por primera vez, en la facultad de Económicas de la Complutense de Madrid. Marco totalmente motivado en aprender y Ali resignada porque sabía que ese no era su sitio.

El día que los dos hablaron por primera vez Marco estaba en clase de Probabilidad, asignatura que había preparado antes, por supuesto, ya que él era poco dado al desconcierto, a llegar sin entender, a sorprenderse, a no saber. Allí estaba, prestando especial atención a la definición de probabilidad, escuchando el discurso más emocionante sobre la posibilidad de que los eventos ocurran, tirar una moneda, sacar una carta de la baraja, que se provoque el desastre universal o simplemente que aparezca esa chica por la puerta, suba las escaleras y se siente justo aquí. Y ¿por qué no? Apareció. Subió. Y se sentó.

A Marco le gustaba ejercer el control sobre las cosas, demasiado, quizá, porque era un chico que nunca hizo nada en contra de lo esperado, de la norma, del bien hacer. Siempre fue muy responsable, inteligente, curioso, agradecido y, para todos, casi perfecto. Iba respetuosamente a cla-

se, tomaba apuntes, era puntual, sonreía. Sonreía mucho, fruto quizá de la ingenuidad que siempre fue su aliada. De hecho, sus padres siempre pensaron que tendría un buen futuro porque, simplemente, no podría ser de otra manera. Si además se juntaba que Marco era dulce, tranquilo, amable y tenía esa cara de ¿cómo decirlo?, ¿de ángel? ¿Qué más se le podía pedir? Ahí estaba, en la facultad de Económicas, el alumno perfecto, el hijo perfecto, el que todos querían tener a su lado. Porque sencillamente, como pensaban sus padres, no podía ser de otra manera.

Cuando el profesor Martín Barragás comenzó el tema de *Probabilidad condicionada e independencia de sucesos*, Marco acababa de sacar una hoja en limpio y la pluma que su padre le había regalado en la graduación del Instituto. No pudo evitar girar la cabeza para mirarla y justo en ese momento Ali sacó una hoja con garabatos que decía «¿probabilidad de cerveza?» y una carita detrás del papel. Marco sonrió como un niño y dibujó un rectángulo. Dentro ponía « $6/\pi^2 \cdot 3$ », porque Marco andaba pensando en otra cosa. En números primos. De ahí su respuesta. Pensaba en el patrón existente entre dichos números. Sentía que era curioso, a la par que extraño, que alguien los descubriera y les diera ese nombre. Porque los números primos no están distribuidos al azar, ni todos pueden serlo. Solo lo son aquellos divisibles por ellos mismos y la unidad. Como algunas personas, pensó, personas mágicas y auténticas capaces de ocupar su lugar establecido, pero con identidad suficiente como para ser buscados y convertirse en un bien preciado.

Marco miraba alrededor. ¿Imaginas que cada alumno de la sala fuéramos números? ¿Quiénes serían los números primos? Pensó en la criba de Eratóstenes de la Antigua Grecia, y allí estaba él, aplicando el método en pleno siglo XXI a un grupo de jóvenes disfrazados de números naturales. Así empezó la clase, tachando al número dos y a todos sus múltiplos por llevar zapatillas Nike, al número tres y sus múltiplos por llevar adornos en el pelo, el cuatro por llevar reloj, y entonces la ciencia confirmó la hipótesis inicial de sus latidos. Porque en esa sala había solo dos números primos. Y como respuesta a una fórmula simple, o quizá compleja, ambos se encontraron.

Ali lo veía susurrar, y al acercarse le dijo:

—Pero ¿a ti qué te pasa?

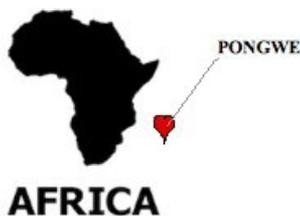
Y ella quedó sin saber muy bien si acabaría tomando cerveza con ese chico raro o tendría que volverse a casa, plan que no le apetecía en absoluto tras haber discutido por un par de lavadoras y unas bragas rojas. Porque Ali también se había fijado en él, en su peculiar forma de colocarlo todo sobre la mesa. Su interés exacerbado por cosas curiosas, distintas. Su forma de preguntar en clase como si no hubiera nadie más en la sala, salvo el profesor y él mismo. Le observaba sentada en cualquier fila como si acabara de caer un extraterrestre con la virtud de la inocencia y los gestos más amables que hubiera visto jamás.

Ali era capaz de ver todo eso en él solo en cuestión de segundos y no le importaba desconectar de lo que pasaba en esa clase. Por dos razones; lo que pasaba en esa clase

le importaba bastante poco y porque Ali siempre tuvo una relación especial con el tiempo. Sí, con el tiempo y esos chicos raros. Esos niños raros. Esa gente rara. Cosas diferentes y formas de hacer inocuas. Porque ella amaba lo estridente, lo indescriptible, eso que se mantiene en la línea divisoria, que no se define, que es, pero no es. Eso que se acerca mucho a lo feo y, sin embargo algo lo hace precioso porque es auténtico y extraordinario. Lo hace enigmático y le encanta. Y así era Ali. Y así era Marco. Y así se conocieron.

A partir de ahí cerveza para ella y vino para él, llamadas, cine, sol y risas, muchas risas, siempre risas. Eso sí, todo rápido, porque el que se subía al tren de Ali no tenía mucho tiempo para pensar, quizá porque el reloj de Marco iba despacio, más lento de lo normal, o quizá porque seguramente ella amaba a gran velocidad.

—¿Ves esto? —Ali le muestra un dibujo que ha hecho en una multa de aparcamiento—. Es una isla, allí nació Freddie Mercury. Lo he leído en una revista. Dormiremos en esta playa, bajo esas palmeras, y haremos el amor hasta que salga el sol. Apunta el nombre de esta playa. Apúntalo: PONGWE.



Y él moría en su boca escuchando estas palabras.

**Nota:** *Pocos años después tomaban el sol en esa playa perdida. Y una noche, un pescador les prometía la mejor comida de la isla. Fue en la casa de este lugareño que les invitaba en compañía de su mujer y sus hijos. Marco no había visto un cielo estrellado así en su vida. Tampoco lo volvió a ver más tarde. Fue en esa isla de África, Zanzíbar. La que Ali le dibujó hacía años. En esta isla el día se llenaba de palmeras, gallinas correteando por la playa y pájaros de mil colores a cada paso. Caos y ruido fueran donde fueran, por las calles, en los supermercados, las escuelas. Y de noche, oscuridad y silencio, caminos de tierra que llevan a casas de vecinos, no más. Quizás al mar. Al terminar de cenar volvían a la cabaña a tientas. A falta de transporte, caminaban por la orilla de la playa desbaciendo sus pasos. Y así iban los dos, de la mano, iluminados únicamente por la luz de la luna. Marco de tan libre tuvo miedo, y Ali, por su parte, disfrutaba de combinar lo especial de los sueños con la libertad que le otorgaba la vida.*